

ELOGIO DEL MARTIROLOGIO ROMANO: Fiesta de nuestro Señor Jesucristo, sumo y eterno Sacerdote, según el rito de Melquisedec, en quien el Padre se ha complacido desde toda la eternidad, mediador entre Dios y los hombres que, para cumplir la voluntad del Padre, se ofreció a sí mismo en el altar de la cruz de una vez para siempre como víctima de salvación en favor de todo el mundo. Al instituir el sacrificio de la eterna alianza, elige con amor de hermano a hombres de este pueblo para que, al repetirlo constantemente en la Iglesia, se renueve la abundancia de la gracia divina con la que nacerá el cielo nuevo y la tierra nueva, y se realizará hasta los confines del mundo lo que el ojo no vio ni el oído oyó ni el hombre puede pensar.

TEXTO BÍBLICO Heb 10, 4-10: Porque es imposible que la sangre de los toros y de los machos cabríos quite los pecados. Por eso, al entrar él en el mundo dice: Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, pero me formaste un cuerpo; no aceptaste holocaustos ni víctimas expiatorias. Entonces yo dije: He aquí que vengo —pues así está escrito en el comienzo del libro acerca de mí— para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad. Primero dice: Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, ni holocaustos, ni víctimas expiatorias, que se ofrecen según la ley. Después añade: He aquí que vengo para hacer tu voluntad. Niega lo primero, para afirmar lo segundo. Y conforme a esa voluntad todos quedamos santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo, hecha una vez para siempre.

COMENTARIO: La misma ley, que sintetiza y simboliza toda la estructura salvífica del orden antiguo, de la antigua economía, muestra la ineficacia real de los sacrificios. Promete y vislumbra la salvación, pero no tiene capacidad para realizarla. No tendría sentido repetir los sacrificios año tras año si de hecho y de verdad eliminaran el pecado. Más aún, la repetición consigue un efecto contrario: es un recuerdo constante de que el pecado está siempre ahí, impidiendo el acceso a Dios.

La falta de eficacia se entiende si se tiene en cuenta que eran sacrificios de animales o de cosas, exteriores, por consiguiente, al mismo hombre. El corazón del hombre, su interior, su conciencia, no quedaban purificados. La sangre de animales no puede abrir el camino hacia Dios.

En cambio, Cristo sabe que lo que agrada a Dios, el único homenaje que él acepta,

es la obediencia (Heb 10,5). Así lo encuentra formulado en el Salmo 40. Por eso, al entrar en el mundo, por la encarnación, pero sobre todo y especialmente por la muerte-resurrección (Heb 1,6), hace ofrenda de su propio cuerpo, de su existencia mortal. No se trata ya de un rito exterior, ni de algo ajeno a él mismo, sino de sí mismo, de su misma existencia, de su vida. Esta ofrenda sí es agradable a Dios, porque es el homenaje de la obediencia plena del hombre. Su eficacia se manifiesta en que ha logrado el acceso a Dios como lo muestra el hecho de

estar sentado a su derecha (Heb 10,12). Si ha llegado hasta él ha sido a través de una ofrenda libre, hecha desde la obediencia, y ofrecida por los pecados de los hombres, por amor a ellos en su condición de pecadores. Y por ello limpia la conciencia, el interior del hombre. (Casa de la Biblia)

VATICANO II: *El sacerdocio ministerial y Cristo Sacerdote:*

Por el Sacramento del Orden los presbíteros se configuran con Cristo Sacerdote, como miembros con la Cabeza, para la estructuración y edificación de todo su Cuerpo, que es la Iglesia, como cooperadores del orden episcopal. Ya en la consagración del bautismo, como todos los fieles cristianos, recibieron ciertamente la señal y el don de tan gran vocación y gracia para sentirse capaces y obligados, en la misma debilidad humana, a seguir la perfección, según la palabra

del Señor: «Sed, pues, perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial» (Mt., 5, 48). Los sacerdotes están obligados especialmente a adquirir aquella perfección, puesto que, consagrados de una forma nueva a Dios en la recepción del Orden, se constituyen en instrumentos vivos del Sacerdote Eterno para poder proseguir, a través del tiempo, su obra admirable, que reintegró, con divina eficacia, todo el género humano. Puesto que todo sacerdote representa a su modo la persona del mismo Cristo, tiene también, al mismo tiempo que sirve a la plebe encomendada y a todo el pueblo de Dios, la gracia singular de poder conseguir más aptamente la perfección de Aquel cuya función representa, y la de que sane la debilidad de la carne humana la santidad del que por nosotros fue hecho Pontífice «santo, inocente, inmaculado, apartado de los pecadores» (Hb., 7, 26) [PO n.12]



JESUCRISTO, SUMO Y ETERNO SACERDOTE